

A Merced de las olas

lago Otero

A merced de las olas, así me he sentido a veces y a veces aun me siento. Le explico a mi hija de tres años mientras se prepara para meterse en cama mientras yo me acomodo en ella.

-no tienes que preocuparte tanto del tiempo, papa. Ni de las estrellas...se saben cuidar solas estoy segura.- me dice con tono inocente.

-no son las estrellas lo que me preocupa...es la humanidad. Ya casi las han olvidado.

Te contare un cuento de a que juegan las estrellas. Juegan a hacer puzzles con las personas. Se dice desde tiempos remotos que en cada uno hay una parte del cielo escrita, oculta bajo la piel. Esta historia cuenta el pasaje de tres personas.

Era un chico joven, fuerte y sano, vivía una vida tranquila en el mundo que le había tocado. Había pasado por varias dificultades y no entendía muy bien el mundo que le rodeaba. Se hallaba como se dice a veces sumergido en un caos. Las estrellas lo llamaron una noche mientras dormía.

Y el gigante Orión durmió bajo su cuerpo para darle fuerza y voluntad, para superar los retos que le esperaban en la vida. Este joven estaba enamorado de una chica, de muy hermosa belleza y bondad, sus ojos brillaban como soles en la oscuridad de la noche, las estrellas que habitaban en esta chica eran las de Andrómeda, e igual que la hija de los dioses griegos esta vivía encadenada, encadenada a su belleza, encadenada a su pasado, encadenada una vida que le había sido impuesta e injusta.

Orión la amaba, y por amor se hacen muchas locuras. Andrómeda también la amaba a el. Pero un giro del destino los separó. Orión lleno de amor, odio y rabia...descargo contra la humanidad, pues los hallaba culpables de su separación. Juro perseguir a los humanos, cazarlos...darles fin, con tal de poder rescatar a su amada de las cadenas que la ataban y no les permitían dar rienda suelta a su pasión.

Los dioses habían condenado a Andrómeda a una muerte lenta, atada a unas rocas en el mar.

La luna llena y cercana hacia presagiar lo peor. Una gran marea se acercaba. Los dioses la habían condenado por usar su belleza, y llevar a hombres asta la locura o dejarlos sin aliento vital. Mas el joven en el que habitaba Orión no estaba dispuesto a perder a su amada, y esta vez cargo contra los propios dioses que están mas allá del principio y del final.

Se presento ante ellos y les explico la situación allí donde el cielo es oscuro y no brillan las estrellas. Los dioses no mostraban misericordia...mas mostraron su piedad y le indicaron al joven donde se hallaba escondida la mujer. En la Costa de la Vela, allí donde dicen que muere el sol de la Atlántida. Pero Orión se encontraba ya muy lejos de la tierra y sumido en la oscuridad. ¿Cómo podría llegar a tiempo?

Otro humano bendecido por las estrellas, estaba al tanto de los problemas del joven. Lo recogió en su mano y se transformo en Pegaso el caballo alado. Juntos volaron rápido y fugazmente hacia la tierra por tiempo y espacio...al lugar donde la joven se hallaba prisionera.

Era de noche, una noche tranquila.,en la que el mar rompía con fuerza sobre los acantilados de la zona. El reflejo de la Luna en el mar les indico el camino a seguir. Y en pocos minutos encontraron ala joven. Orión salto al agua, el tiempo corría y la cabeza de la joven se hallaba ya casi sumergida. El joven buceó en la oscuridad buscando los grilletes de las cadenas, cuando los encontró vio que con su gigantesca fuerza no conseguía romperlos, y pidió para si la fuerza de los elementos, de la tierra, del agua, del viento y del fuego. Y en un alarde amor fuerza y magia, las cadenas estallaron en mil pedazos.

La joven exhausta y aterrorizada se abrazó al joven. Y en pocos minutos ayudados por Poseidón y el arrastre de las olas alcanzaron una pequeña playa no muy lejana. Ambos se tiraron en la arena de esa playa, de arena blanca como el polvo de estrellas. Y se amaron hasta que salió el sol. Agotados durmieron hasta el mediodía, Sin percatarse de que un rayo de luz inundó el vientre de la joven. Las estrellas y el destino les tenían deparada otra sorpresa.

Paso el tiempo y ambos se fueron a vivir juntos, alas pocas semanas se percataron de que la joven estaba embarazada, y a los nueve meses nació una niña como regalo a sus padres y a la humanidad, puesto que un nuevo ser siempre es un regalo y motivo de alegría para todo ser viviente en la tierra y en el cielo. Esa niña había nacido bajo el signo de acuario, el que derrama el agua de la inmortalidad sobre el cielo y la tierra. Esa niña nació con un poder, un poder que se hallaba en su sonrisa, cada vez que la niña sonreía llenaba de alegría y felicidad a los presentes. Fruto de lo humano, de lo divino, y de lo astral. Esa niña yace durmiendo hoy aquí a mi lado.

Buenas noches pequeña.